

El tiempo pasa para nosotros como los granos en un reloj de arena, y no conocemos su fuga, sobre todo en ciertos instantes supremos. La dichosa pareja estaba á una parte, ignorando que habia allí un testigo presencial, y á la otra parte estaba éste, que no veía tampoco á la pareja feliz, pero que sabia que estaba á pocos pasos de él. ¿Cuántos minutos permanecerían en aquella suspensión misteriosa? Imposible es decirlo.

Repentinamente sonaron ruidos lejanos, y una voz que gritaba: ¡Socorro! y los tañidos de la campana del puerto. Es imposible que los dos seres embriagados de dicha celestial oyesen aquel tumulto.

La campana del puerto siguió repicando. El que hubiera buscado entonces á Gilliatt en el rincón de pared donde se ocultaba no le hubiera encontrado ya.

LIBRO SEGUNDO.

La gratitud en pleno despotismo.

I.

Alegría y angustia.

Mess Lethierry agitaba la campana con frenesí, pero se detuvo de pronto al ver que un hombre volvía la esquina del muelle. Era Gilliatt.

Lethierry corrió hácia él, le cogió con su mano las dos suyas y le contempló un momento silenciosamente, con uno de esos silencios que indican que la explosión no encuentra por dónde salir.

Después le sacudió, y apretándole los brazos, tirando de él con violencia, le hizo entrar en la sala baja de las Bravées, cuya puerta entreabierta empujó con el pié; se sentó, ó mejor dicho, cayó sobre una silla al lado de una mesa que alumbraba la luna, cuyo reflejo blanqueaba vagamente el rostro de Gilliatt, y gritó, entre carcajadas y sollozos:

—Gilliatt! Hijo mio! ¡El tocador del bug-pipe! ¡Ya sabia yo lo que valias y lo que valia tu barco holandés! Cuéntame todo. Has ido allí? Cien años atrás te hubieran quemado por brujo. No falta ni un tornillo; lo he mirado y reconocido todo, y adivino que las ruedas están en las cajas. Te he buscado en el camarote y por todas partes, y para encontrarte

tocaba la campana. Preciso es convenir en que pasan cosas extraordinarias. Vienes del escollo Douvres y me traes la vida. Fuego de Dios! Eres un ángel. Sí, es mi máquina; la verán y nadie lo creará; nada le falta; ni una serpentina, ni un piton. El tubo de coger el agua no ha hecho movimiento. Parece imposible que no haya sufrido ninguna avería. ¿Pero cómo lo has conseguido? La *Duranda* vá á viajar otra vez. Dame tu palabra de honor de que no estoy loco.

Lethierry se puso en pié, respiró y prosiguió:

—Me pellizco para convencerme de que no estoy soñando; no, no sueño. Eres mi hijo, mi querido hijo, que has ido á salvar la máquina del más traidor de los escollos y en plena mar. Cosas maravillosas he visto en el curso de mi vida, pero como ésta ninguna. He conocido á los parisienses, que son de la piel del diablo, pero te aseguro que no son capaces de hacer eso. Lo que tú has hecho es más difícil que tomar la Bastilla. Has hecho un milagro, un verdadero milagro. Abrázame. El país te deberá su prosperidad y refunfunarán los envidiosos de Saint-Sampson. Desde luego voy á ocuparme en construir otro barco. Señores, ha estado en los Douvres y ha salvado mi máquina, y solo, enteramente solo. Te lo han dicho ya? Pues está probado que Clubin hizo encallar adrede la *Duranda* para estafarme el dinero que tenia que entregarme y emborrachó á Tangrouille. Esa piratería es larga de referir; ya te la contaré otro día. ¡Yo fui tan bestia que tenia confianza en Clubin! Pero de ese bribon me habrá vengado el escollo; allí habrá perecido. ¡Hay Dios, canalla! Vamos á construir otra *Duranda* con veinte piés más de longitud. Compraré madera en Dantzick y en Brema, y ahora que he adquirido la máquina tendré crédito y me fiarán. Para hacerlo todo en grande escala me vendria bien un poco de metálico sonante. ¡Si hubiese cobrado mis tres banknotes, los setenta y cinco mil francos que el pillastre Rantaine me devolvió y que el pillastre Clubin me ha robado!...

Gilliatt, sin decir palabra, sacó del bolsillo el cinto de cuero del capitán. Lo abrió y lo dejó encima de la mesa; sacó del cinto una caja, y de la caja tres pedazos de papel doblados, que desdobló y entregó á Mess Lethierry.

•Este los examinó, y en cuanto comprendió lo que eran, miró á Gilliatt, quedándose un momento como privado de sen-

tido, y luego tuvo una erupción que degeneró en explosión.

—Esto más! ¡Eres un hombre prodigioso, Gilliatt! ¡Tres billetes del Banco de mil libras esterlinas cada uno! ¡Mis setenta y cinco mil francos! ¡Este es el cinturón de Clubin! ¡Entonces has ido hasta el infierno á buscar á ese perro! ¡Señores, me trae la máquina y el dinero! Lo consignaré en todos los periódicos. Compraré madera de primera calidad. Tomaré el abeto en Dantzick y el roble en Brema, para que tenga un buen casco. No tendré necesidad de crédito, porque ahora tengo dinero contante. ¡Me has salvado, Gilliatt! Yo ni siquiera pensaba en tí; te habia olvidado completamente. Pero ahora me acuerdo de todo. Te lo prometí, y vas á casarte con Deruchette.

Gilliatt se apoyó de espaldas contra la pared, como si vacilase, y con voz baja, pero clara, contestó:—No.

Mess Lethierry experimentó un sobresalto.

—Cómo que no?

—Porque no la amo, respondió Gilliatt.

Lethierry fué á la ventana, la abrió y la cerró; se acercó otra vez á la mesa, cogió los tres billetes, los dobló, puso encima de ellos la caja de hierro, se rasgó las patillas, cogió el cinturón de Clubin, lo lanzó violentamente contra la pared y exclamó:—Aquí pasa algo.

Hundió las manos en los bolsillos y dijo:

—Conque no amas á Deruchette? ¿Conque es decir que para obsequiarme á mí tocabas el bug-pipe?

Gilliatt seguía apoyado en la pared, palideciendo como el hombre que vá á exhalar el último suspiro. A medida que él palidecía, Lethierry iba estando más colorado.

—Este imbécil no ama á Deruchette! Pues haz lo que puedas para amarla, porque se ha de casar contigo. ¡Y te figuras que yo te creo! ¡Si estás enfermo que te vea el médico, pero no digas extravagancias! No has tenido tiempo para reñir ni para incomodarte con ella. Verdad es que los enamorados son muy bestias. Si tienes algun motivo, dímelo. No soy tan ganso que no me deje vencer. Además, tengo los oídos torpes y puede que no te haya oído bien. Repíteme lo que me has dicho.

—He dicho que no, respondió Gilliatt.

—Has dicho que no? ¡El imbécil sigue en sus trece! No he visto estupidez seme-

jante. Por menos de lo que tú haces se encierra á muchos hombres en un manicomio y les echan chorros de agua en la cabeza. Conque no amas á Deruchette? Entonces has hecho por mí todos los sacrificios. Por la linda cara del papá has ido á los Douvres, has sufrido frío, calor, hambre y sed, te has mantenido con cuatro lapas, has tenido por dormitorio la niebla, la lluvia y el viento, y has realizado la incomparable proeza de devolverme la máquina. Además, has arrostrado la tempestad de hace tres días, que no te habrá dado poco que bregar. Conque no amas á Deruchette? No sé qué mal bicho te ha picado. Recuerdo perfectamente que yo estaba en aquel rincón cuando Deruchette dijo que se casaría con el que salvase la máquina. Y se casará contigo! ¡Dices que no la quieres! Cuanto más reflexiono, menos te comprendo. O tú ó yo estamos locos. No se presta un gran servicio á un hombre para venir á encolerizarle. Si no te casas con ella, se quedará para vestir imágenes. Por de pronto te necesito. Nadie más que tú ha de ser el piloto de la *Duranda*. No te figures que te vas á escapar. Ni te suelto, ni admito que te niegues. Pero hombre, habla!

La campana había despertado á los de la casa y á los de los alrededores. Dulce y Gracia se levantaron y acababan de entrar en la sala baja, asombradas. Gracia llevaba una vela en la mano. Un grupo de vecinos, compuesto de marineros y de campesinos, se formó repentinamente, y estaba en el muelle contemplando atónito la chimenea de la *Duranda* dentro del barco de Gilliatt. Algunos del grupo, que oyeron la voz de Lethierry en la sala baja, penetraron en ella silenciosamente por la puerta que estaba entornada. Entre ellos se hallaba el señor Landoys. Mess Lethierry se apercibió de pronto de que estaba rodeado de gente, y aceptando complacido aquel auditorio, exclamó:

—Me alegro que hayais venido. Ya sabreis lo que ocurre; ya sabreis que Gilliatt ha estado en los Douvres y me ha sacado de allí la máquina sana y salva. Me la ha traído completa, no le falta ni un clavo. Mientras estábais durmiendo me traían la máquina. Mientras os calábais el gorro de dormir y apagábais la vela, otros eran héroes. Gilliatt ha pescado la *Duranda* en el fondo del mar y setenta y cinco mil francos en el bolsillo de Clubin. No sé cómo has conseguido lo que conseguiste. Estaban con-

tra tí todos los diablos, el viento, el mar y la borrasca; verdad es que tú eres hechicero. Los que creen que eres brujo no van descaminados. La *Duranda* ha vuelto á casa; ya pueden desencadenarse las tempestades; aquí hay quien sabe atarlas corto. Amigos míos, se acabaron ya los naufragios. Me ha salvado la máquina. Sí, Gilliatt, te casarás con ella.

—Con la máquina? preguntó el señor Landoys.

—No, con la joven, y también con la máquina; con las dos. Vamos á tener otra *Duranda*. En la isla habrá mucha circulación, mucho comercio, muchos cargamentos de carneros y de bueyes. No cambiaré Saint-Sampson por Londres. Gilliatt el maligno será el autor de nuestra riqueza futura. Pero aquí hay luises de oro.

Mess Lethierry acababa de fijarse en que había algunas monedas de oro en la tabaquera que estaba encima de los billetes de Banco. La tomó, la vació en la palma de la mano y dejó en la mesa el puñado de guineas.

—Para los pobres. Señor Landoys, entregad de mi parte esta friolera al condestable de Saint-Sampson. Ya leísteis la carta de Rantaine que os enseñé el otro día; pues bien, ya están en mi poder los bank-notes. ¿Recordais la tempestad del otro día? Pues mientras llovía á cántaros y el cielo disparaba cañonazos, Gilliatt estaba en el escollo de los Douvres y descolgaba la máquina del buque naufragado como yo descuelgo mi reloj. Gracias á él vuelvo á ser algo. Señores: la galeota del tío Lethierry vuelve al servicio. Nosotros somos los lobos del mar, pero él es el león. ¡Viva Gilliatt! No sé cómo lo ha conseguido; pero de todos modos no le puedo negar la mano de Deruchette; se casará con ella.

Hacia algunos instantes que la ahijada de Lethierry había entrado en la sala sin hablar y sin hacer el menor ruido. Estaba sentada en una silla detrás de su padre adoptivo, que no la vió entrar y que permanecía en pié, locuaz, alegre, gesticulando y hablando muy alto. Poco despues hubo en la sala otra aparición muda. Un hombre, vestido de negro, con corbata blanca, con el sombrero en la mano, se paró en el umbral de la puerta. En el grupo, que había aumentado extraordinariamente, había muchos hombres con velas encendidas; estas luces iluminaban de perfil al hombre vestido de negro, cuyo blanco y bien dibujado

contorno se destacaba del fondo oscuro con la pureza de una medalla. Se apoyaba en un ángulo de la puerta, sosteniendo la cabeza con la mano izquierda, y esta actitud hacia que resaltase la magnitud de la frente junto á la pequeñez de la mano. Examinaba y escuchaba con atención profunda. Al reconocer los asistentes al reverendo Ebenezer Caudray, rector de la parroquia, se separaron para dejarle paso, pero él se obstinó en permanecer en el dintel de la puerta. Sus miradas se encontraban con frecuencia con las de Deruchette. Gilliatt, por casualidad ó de intento, estaba situado en la parte oscura de la sala, y los concurrentes apenas le veían.

En cuanto Lethierry se apercibió de que estaba allí Deruchette, se acercó á ella y la besó con todo el entusiasmo con que puede darse un beso en la frente. Tendiendo los brazos hácia el rincón que ocupaba Gilliatt, la dijo:

—Deruchette, vuelves á ser rica y aquí tienes á tu esposo.

Deruchette levantó la cabeza y sus miradas se extraviaron en la oscuridad.

Mess Lethierry continuó hablando:

—En seguida celebraremos la boda; si puede ser, mañana. Obtendremos las dispensas necesarias; aquí las formalidades son muy ligeras; el dean hace lo que quiere; cualquiera se casa en menos que canta un gallo; no sucede lo mismo en París. Te casarás y podrás jactarte de ser esposa de un valiente y de un gran marino, como yo le calificué desde que le ví volver de Herm con el cargamento de piedras y el cañón por añadidura. Ahora viene de los Douvres con su fortuna, con la mia, con la de todo el país; prometiste que te casarías con él, y ha llegado la hora de que le cumplas la palabra; te casarás y tendrás chiquillos, yo seré abuelo, y tú te vanagloriarás de ser la mujer de un gallardo mozo, que trabaja, que es útil, que es sorprendente, que vale más que ciento, que salva las invenciones de los demás; y no serás esposa, como las ricachas necias de este país, de un soldado ó de un cura, esto es, del hombre que mata ó del hombre que miente. ¿Qué haces en ese rincón, Gilliatt? No te vemos. Dulce! Gracia! Alumbrad, alumbrad á mi yerno. Te desposo con Gilliatt, que es un buen muchacho, un gran marino; y ni yo tendré otro yerno, ni tú tendrás otro marido. Doy á Dios mi palabra de honor. Ah! Estais ahí, señor cura? Pues casareis á este par de jóvenes.

Mess Lethierry acababa de apercibirse de que estaba allí el reverendo Ebenezer.

Dulce y Gracia, obedeciendo á su señor, dejaron encima de la mesa dos bujías, que alumbraban á Gilliatt desde la cabeza hasta los piés.

—Qué hermoso es! exclamó Lethierry contemplándole.

Gilliatt estaba horrible; iba aun como salió aquella misma mañana del escollo Douvres, harapos, con los codos agujereados, con la barba larga, con el pelo erizado, con los ojos quemados y rojos, con la cara desollada, con las manos ensangrentadas, con los piés descalzos. Algunas de las pústulas que le hizo el pulpo se veían aun en sus velludos brazos.

Lethierry seguía contemplándole.

—Es mi verdadero yerno. Se ha batido como un héroe con el mar y llega cubierto de gloriosos andrajos. ¡Qué espaldas tiene! Qué magníficos piés! ¡Qué hermoso es!

Gracia corrió hácia Deruchette y la sostuvo; acababa de desmayarse.

II.

La maleta de cuero.

La resurrección de la *Duranda* metió mucho ruido en la isla; no solo alborotó á ésta, sino también á los habitantes de Saint-Pierre Port, que desde la madrugada empezaron á llegar á ver la máquina. Innumerable multitud se agolpaba en el muelle contemplándola; la gente no solo quería ver, sino también tocar la máquina; pero Lethierry, despues de volver á inspeccionar al amanecer todas las piezas, puso en el barco de Gilliatt dos marineros que se encargasen de impedir que el gentío se acercase á la máquina. Todos estaban admirados; todos con asombro se ocupaban de Gilliatt.

Desde el muelle se veía á Mess Lethierry sentado junto á una mesa, delante de la ventana, escribiendo, pero sin perder de vista la máquina. Estaba absorbido de tal modo, que solo una vez interrumpió la escritura para llamar á Dulce y preguntarla cómo se encontraba Deruchette. Dulce le contestó que la señorita se había levantado y había salido de casa. Mess Lethierry le replicó:

—Ha hecho bien en tomar el aire. El excesivo calor que hacia anoche en la sala la indispuso. ¡Había allí tanta gen-

te! Además, tuvo mucha sorpresa y mucha alegría. ¡Vá á casarse con un excelente marido!

En seguida prosiguió su tarea. Había ya rubricado y cerrado dos cartas, que dirigía á los constructores más notables de Brema. Iba ya á cerrar la tercera, cuando el ruido de una rueda en el muelle le hizo erguir la cabeza. Se asomó á la ventana y vió salir por el sendero que conducía al Bú de la Calle á un mozo de cordel que arrastraba un carreton. El mozo se dirigía hácia Saint-Pierre Port. El carreton llevaba una maleta de cuero amarillo, que tenía embutidos de clavos de cobre y estaño.

Mess Lethierry llamó al mozo.

—A dónde vas, muchacho?

El mozo se paró y le respondió:

—Al *Cashmere*.

—A qué?

—A llevar esta maleta.

—Pues bien; lleva también estas tres cartas.

Lethierry abrió el cajón de la mesa, sacó un pedazo de bramante, ató con él las cartas y echó el paquete al mozo, que al vuelo lo recibió con las dos manos.

—Dile al capitán del *Cashmere* que tenga cuidado de esas cartas, que soy yo quien las escribo. Son para Alemania.

—Es que yo no hablaré con el capitán.

—Por qué?

—Porque el *Cashmere* no está en el muelle.

—Ah!

—Está en la rada.

—Hace bien; tendrá miedo al mar.

—Solo podré hablar con el patrón del buque.

—Pues recoméndale mis cartas.

—Se las recomendaré.

—A qué hora parte el *Cashmere*?

—A las doce.

—Hoy á medio día la marea subirá y la tendrá en contra.

—Pero el viento le será favorable.

—Muchacho, le dijo Lethierry, señalando con el índice la chimenea de la máquina:—Ves aquello? Pues aquello se burla del viento y de la marea.

El mozo se metió las cartas en el bolsillo, hizo andar al carreton y prosiguió su camino.

Mess Lethierry llamó á sus sirvientas.

Gracia entreabrió la puerta y dijo:

—Qué mandais?

—Entra y espérate.

Mess Lethierry tomó un pliego de pa-